

¿Fake News?

Ricardo Cabrera Figueroa
Abril 10 de 2020

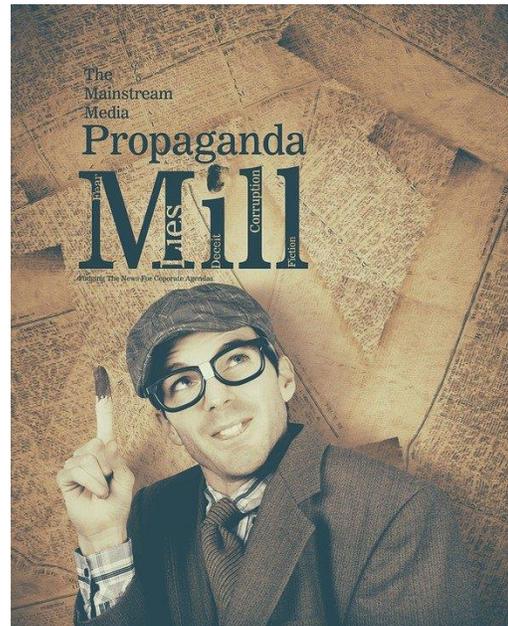
¿Fake News? El término se ha convertido en parte de nuestro hablar cotidiano, la distorsión en las noticias que nos llegan todos los días a través de los medios masivos de comunicación no obedece del todo a mentes siniestras que atacan al gobierno con sofisticados equipos de cómputo y genios en el arte del engaño.

Si bien es cierto que existen modernos *Goebbels*, la paranoia de la falsa información no se debe centrar solo en ellos. Las mentes

oscuras que idean como desinformarnos están entre nosotros mismos, son la gente de a pie como tú y yo, nos hemos convertidos en el principal vector de difusión de noticias falsas. El club de los mentirosos crece día a día.

Todo aquel que posea un *Smartphone* se sentirá tentado a tomarse una Selfie en algún momento de su vida. Después se dará cuenta que existen editores de fotografías que pueden convertir y “mejorar” sus imágenes. ¿Por qué no fantasear un poco? La *playa de Martínez de la Torre* es ahora *Bali* o mejor aún que tal si nos despeinamos un poco y el entorno sea las *Maldivas*.

La mitomanía ha crecido de manera exponencial, tanto como el Coronavirus, desde que la telefonía entro en una nueva era, cada persona con el adminiculo en



las manos es un reportero potencial, mismo que se cree en la obligación de informar desde su particular punto de vista y en apego a la “objetividad”.

Es fácil despertar la indignación popular a través de un video tomado por un oportuno vecino. En un pueblo “cualquiera” del Estado de México, donde la vida se paga con una moneda de cambio diferente al resto del país, alguien sube un vídeo donde un “inocente” joven, un niño casi, llora desconsolado al ser empujado, subido a la fuerza a una camioneta de policías brutales y represores de la libertad, que se abren paso entre los parientes que pretenden lincharlos. La imagen central: la madre lacrimosa que llora y grita desventurada porque se llevan al hijo. Su niño, que es prácticamente la razón de su existencia.

La noticia se hace viral en solo unos momentos posteriores a su aparición en redes sociales. Pero, ¿Alguien hizo la reseña de los motivos del arresto? ¿Alguien fue a consolar a la familia, cuya menor de doce años había sido brutalmente violada por ese “niño”? La nota ya habrá causado efecto, el resto de noticia, si no contiene imágenes, fotografías de la menor, lugar de los hechos, etc. No causará el mismo impacto. Pero la imagen de brutalidad represora ya se habrá quedado impresa en lo más profundo de nuestro cerebro.

Las campañas de desinformación a que nos vemos sometidos con un bombardeo incesante todos los días: México bajo fuego mediático. Como si se tratará del título de una película. Terminan haciendo mella en nuestra ya endeble capacidad para discernir que es real y que no.

En su libro *La verdad de las mentiras*, Llosa nos hace patente que las novelas, no cuentan una historia real vida necesariamente. La alteran, la modifican, transforman y añaden los propios sueños e inquietudes del narrador. Y en efecto, quienes difunden sus muy particulares historias a través de las redes sociales, nos

hacen ver sus propias historias, son contadas por ellos, con los matices necesarios para enajenarnos y hacernos partícipes de sus propios mundos.

La gente, cada vez más ávida de atención, crea formas diversas y variopintas, no importa el grado de complejidad que signifique la realización de sus hazañas. Siempre habrá un público que las consuma. Y esto no está reservado solo para los jóvenes, cada vez un número mayor de adultos utiliza las redes sociales para estos fines.

Necesitamos ser valorados y obtener la aprobación de quienes nos rodean. Esa parece ser la premisa. El encierro a que nos vemos sometidos en estos momentos de dura prueba, nos lleva a pensar que el ser humano empezó a involucionar en algún punto específico no definible. Nos vemos haciendo las cosas más disparatadas posibles, buscando ver incrementar el número de *likes* y en un mundo surrealista que nos haga poner nuestros ojos en blanco en el paroxismo del orgasmo: ver como se incrementa el número de veces compartido de nuestra nota.

La pandemia actual nos ha infectado a todos, de una manera u otra, nos vemos arrastrados en una avalancha de histeria colectiva, de imágenes desgarradoras ocurridas en puntos remotos del mundo. Se han presentado de tal forma y tan inteligentemente, que agradecemos vivir en México. País en cual no ocurre nada, la psicosis está bien para los timoratos. Nuestra actitud ante la muerte alcanza puntos épicos, donde una mujer se muestra sumamente enfadada y en el colmo de la indignación, cuando expresa a quien la entrevista. –Pero señora usted se ve muy molesta, por no poder entrar a la playa. –¡Claro no es justo! Nos deben dejar pasar. DE ALGO NOS TENEMOS QUE MORIR, sus palabras son respaldadas por su esposo a un lado de ella, suenan como un eco, se vuelven magníficas, son el vocero perfecto de nuestra irresponsabilidad nacional.

En el mercado de pescados de la Viga, en Iztapalapa, ir de compras es un recreo, las madres aprovechan para el paseo matutino con sus hijos pequeños. Las imágenes –nuevamente- son claras y contundentes. En forma oportuna, las vallas son derribadas. La multitud delirante quieren una participación de la multiplicación de los peces para cumplir con la cuaresma.

Posteriormente la noticia resalta que el mercado en cuestión fue cerrado. A quien le importa, la noticia ya creó estado. Y se lee así: El gobierno es débil, no hay medidas punitivas para esta gente que no siente remordimiento de poder contagiarse y contagiar a los demás.

Vivimos inmersos en una vorágine de noticias, de imágenes de situaciones límite presentadas en video en tiempo real. Vivimos en un mundo creador de *Fake News*, voluntarias e involuntarias. Seguimos una pauta, buscamos presencia en las redes sociales, aceptación de quienes nos conocen, exponer un yo deferente del que realmente somos. Las noticias nos llevan a empatizar u odiar, nos sitúan en los extremos de los sentimientos. Nos hacen llorar, reír, cambiar en un momento nuestros estados de ánimo. Surgen los adalides defensores de los débiles, aquellos que buscan redimirse en anonimato expresando sus acalorados puntos de vista. Millones de *Prousts* o *Nietzsches* navegan incansables.

Sigamos disfrutando de la *leche-plus* con *velocet* que diariamente está disponible para nosotros, no el Korova. Los medios masivos de comunicación a los que nos vemos expuestos, son nuestro *Horrorshow*.